



LA RESPONSABILIDAD INTELECTUAL DE LOS INTELECTUALES ACADÉMICOS EN MÉXICO

GRACIELA CARRAZCO LÓPEZ

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES ACATLÁN-UNAM

gracecarrazco@yahoo.com.mx

RESUMEN

El objetivo de esta ponencia es discutir la responsabilidad intelectual de intelectuales académicos en México a quienes se puede identificar como sujetos que tienen en las instituciones de educación superior su ocupación principal y que participan con regularidad en los medios de comunicación. Es pertinente identificar los sentidos intelectuales por los que participan en los medios desde la academia porque son figuras con una alta visibilidad. Esta investigación fue construida a partir de cinco entrevistas a profundidad semiestructuradas realizadas durante 2011 a intelectuales académicos de tres instituciones de educación superior en México: Alejandro Canales Sánchez, René Drucker Colín, Humberto Muñoz García (Universidad Nacional Autónoma de México); Lorenzo Meyer Cossío (El Colegio de México) y José Carreño Carlón (Universidad Iberoamericana).

Palabras clave: intelectuales académicos, sentidos intelectuales, sentidos académicos, instituciones de educación superior

INTRODUCCIÓN

Los actuales intelectuales académicos tienen una responsabilidad intelectual por cumplir. Como actores, sujetos y agentes de las instituciones de educación superior o centros de investigación en México se caracterizan por estar especializados en un área de conocimiento científico que desarrollan como profesores e investigadores; casi siempre poseen un grado doctoral, cumplen con actividades académicas para alcanzar los estándares nacionales e internacionales de evaluación (impartir clases, publicar artículos reconocidos, dar conferencias y asistir a congresos, entre otras) y se apegan a las políticas de credencialización, vinculación y difusión de la cultura y del conocimiento. Además de ello, expresan regularmente una opinión fundamentada en su formación disciplinaria en los medios de





comunicación y contribuyen de manera sistemática en la transferencia y circulación de conocimiento especializado que deriva en enfoques inter, multi y transdisciplinarios.

Los autores de estos productos expresan sus comentarios ante un escenario no académico, lo que les permite construir y acumular un capital simbólico de notoriedad externa, es decir, son actores que participan en actividades públicas, especialmente de tipo político, que forman parte del rol social del intelectual y que corresponden en parte a la lógica de las relaciones públicas y de publicidad (Bourdieu, 2009), con ello se vuelven visibles en contextos de mayor significación.

Comparten espacios periodísticos con otros actores que también están interesados en esta actividad: políticos, literatos, periodistas consumados, líderes de organizaciones no gubernamentales, líderes religiosos, diplomáticos y consultores, entre otros, lo que genera disputas debido a los distintos intereses que defienden, reforzados en otros espacios como sus páginas web, blogs y cuentas de twitter. Además de estar adscritos a instituciones de educación superior que se encuentran en los primeros lugares de los rankings nacionales, y en posiciones importantes en los internacionales, un número considerable pertenece al Sistema Nacional de Investigadores (SNI); por ello, pueden ser considerados una élite académica, es decir, una minoría que intenta incidir en las decisiones relevantes e influir en la opinión pública.

En el siglo XX dos figuras marcaron la conformación del actual intelectual académico: los catedráticos y los intelectuales pedagogos. Los catedráticos, representados por la Generación de 1915, se convirtieron en figuras centrales del proceso educativo cuando encontraron dos formas de integrarse a la Universidad, como profesionistas que impartían clases con prácticas liberales y como intelectuales que vivían dedicados de tiempo completo a la política universitaria y al desarrollo de las ciencias y artes (Casillas y De Garay, 1992).

Más tarde, los catedráticos transitarían a intelectuales pedagogos, cuando la Generación de los Contemporáneos (1925-1930) emergió con fuerza al monopolizar la emisión de los discursos a través de los medios de difusión, lo que expresó un momento de ruptura definitiva que marcó el paso de los antiguos sistemas de control ideológico y simbólico de naturaleza oral a sistemas pertenecientes a los medios de comunicación de masas (Palacios, 1995).

Alrededor de 1940 los espacios en los medios de comunicación eran escasos y, en ese contexto, aparecieron los primeros intelectuales académicos como actores formados en el medio universitario; no





obstante, su evolución en el siglo XX no estaría definida preponderantemente por el medio universitario, sino por su relación con los medios masivos de comunicación (Zermeño, 2010).

Con el gobierno de Manuel Ávila Camacho (1940-1946) se abrieron nuevos espacios que la intelectualidad supo aprovechar como El Colegio Nacional, los Premios de Nacionales de Artes y Ciencias, el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, la Universidad Iberoamericana, El Colegio de México, el Instituto Tecnológico Autónomo de México y el Fondo de Cultura Económica (Mendoza, 2001) y, por consecuencia, la oportunidad de colaborar y pertenecer a distintos espacios intelectuales, académicos y mediáticos. Mientras estas instituciones comenzaban sus labores, la Universidad Nacional Autónoma de México se constituía como el referente más importante en la consolidación de varios grupos generacionales conformados por intelectuales académicos que, con el tiempo, adquirieron una gran fuerza continental y que se caracterizaron por poseer una trayectoria académica, social y política destacada.

El Grupo Hiperión apareció en la escena pública bajo la influencia de José Gaos y estuvo integrado por hombres dedicados a la academia como Leopoldo Zea, Emilio Uranga, Luis Villoro, Jorge Portilla, Salvador Reyes Nevares, Fausto Vega y Ricardo Guerra, entre otros, quienes colaboraban en diarios y revistas de circulación nacional e internacional. Después, el Grupo México en la Cultura congregó a intelectuales académicos como Henrique González Casanova, Leopoldo Zea y Gastón García Cantú, entre otros, bajo la dirección de Pablo González Casanova, Jaime García Terrés y Fernando Benítez, quienes también ya habían participado en otros medios escritos.

A partir de la construcción de un espacio físico propicio para realizar la docencia y la investigación, como fue el caso de la Ciudad Universitaria de la Universidad Nacional Autónoma de México –que comenzó sus actividades el 24 de marzo de 1954 con la gestión de Adolfo Ruiz Cortines– algunos intelectuales académicos tuvieron mayores posibilidades de alcanzar posiciones académicas, políticas y mediáticas si pertenecían a grupos generacionales como Los Espectadores, la Generación de Medio Siglo, la Generación de Excélsior y la Generación de Nexos, entre otras, donde sus integrantes se reunían alrededor de medios escritos que los identificaban y con los cuales tenían una relación intrínseca de tal manera que si desaparecía la revista, el periódico o el suplemento, desaparecería el grupo.

Cuatro coyunturas históricas nacionales contribuyeron a fortalecer su posición en los medios en la segunda mitad del siglo XX: el movimiento estudiantil de 1968, el terremoto de 1985, las elecciones





federales de 1988 y el surgimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en 1994, de las cuales resultaron favorecidos, principalmente, distintos intelectuales exiliados en México.

Procedentes de diferentes exilios como el español (1936-1940), el latinoamericano (1970-1980) y el de Europa del Este (1990-2000) fueron bien recibidos en nuestro país, por lo que podría decirse que se convirtieron en «una inmigración privilegiada» (Lida, 1994), ya que instituciones de educación superior públicas como la Universidad Nacional Autónoma de México, El Colegio de México, el Instituto Politécnico Nacional, la Escuela de Agronomía de Chapingo y, en menor medida, algunas universidades estatales como la de Michoacán, así como la Iberoamericana o el Instituto Tecnológico Autónomo de México, les abrieron sus puertas (Serrano Migallón, 2006). Desde entonces su participación en los medios de comunicación les ha permitido desarrollar sentidos intelectuales que se derivan de su experiencia, ética y forma de reconocer e interpretar el mundo.

Sentidos intelectuales

Podemos entender por sentido al proceso cognitivo-emotivo que integra la cultura, la ideología y el poder, con el cual los sujetos procuran conocerse, comprenderse, explicarse, analizarse, interpretarse y confrontarse, es decir, estamos hablando de subjetividades que determinan el comportamiento profesional de los sujetos. También como un proceso y un recorrido cognitivo-emotivo que integra la cultura, la ideología, el poder, con el cual los sujetos procuran conocer, comprender, explicar, analizar, interpretar el mundo, la realidad; pero también por el cual los sujetos, dialécticamente, son interpelados, dominados y/o liberados.

La producción de sentido puede ser entendida como las representaciones o visiones del mundo, tanto en el pasado (para dar cabida a las representaciones ya cristalizadas en forma de pre-construidos culturales o de «capital simbólico»), como en el presente (para abarcar también los procesos de actualización, de invención o de innovación de valores simbólicos) (Giménez, 1986: 32) y su proyección hacia el futuro (su horizonte de realización). Estamos hablando de subjetividades, de maneras múltiples de construir sentidos. Considero importante revisar los discursos de los actores sociales interesados en la construcción del sentido de la realidad y sus estrategias de construcción de sentido como mediadora entre las prácticas y los sistemas de significación.

Los sentidos que los intelectuales académicos le otorgan a su participación en los medios de comunicación parecen relevantes porque han sido identificados por ellos mismos. Entenderemos por





sentidos intelectuales aquellos que se relacionan con su pensar, con preocupaciones que trascienden el trabajo académico o personal para dar paso a preocupaciones colectivas y de interés social. En general, son sujetos preocupados por los grandes problemas ante los cuales buscan una solución, una discusión, una propuesta, una forma de contribuir ante los asuntos que a todos nos competen, pero que pocos pueden expresar en los medios de comunicación y que, por lo mismo, se autoerigen como defensores de la sociedad.

RESPONSABILIDAD INTELECTUAL

También llamada circunstancia o compromiso intelectual, éste es el sentido intelectual más discutido en distintos momentos históricos y bajo diferentes contextos políticos. La responsabilidad intelectual tiene varias acepciones. El regeneracionismo de José Ortega y Gasset –“Yo soy yo y mi circunstancia y si no la salvo a ella no me salvo yo” (1942:30)- fue una manifestación de esta responsabilidad; puede considerarse que los intelectuales académicos que publican artículos periodísticos deberían estar conscientes de su circunstancia y, por ello mismo, pugnar por generar un cambio positivo en su entorno a corto y mediano plazo. Su visión analítica, el alcance de su interpretación y la profundidad de su conocimiento de los temas que analizan, les debería generar esa responsabilidad por su país:

Uno no vive en el vacío, uno vive e interacciona con el mundo exterior y es afectado, bien o mal, por los problemas o las condiciones que permean en la sociedad en la cual está inserto todos los días. Entonces, yo creo que uno tiene una responsabilidad social, y si se logra tener un espacio, ser una voz, poder decir cosas, pues yo creo que sería bastante oligofrénico si no utilizara esa posibilidad de hacerlo (Drucker Colín).

Así, Charles Wrigth Mills (1972) hablaba del sentido intelectual y la responsabilidad política de los intelectuales en el contexto de la Guerra Fría y una posible tercera guerra mundial; Orlando Fals Borda (1970) la denominaba compromiso intelectual o compromiso-acción; Noam Chomsky (1974) escribió sobre la ella en el contexto de la guerra de Vietnam; Roque Dalton (1979) pensaba que estaban obligados a responder con hechos a su pensamiento de vanguardia so pena de negarse a *sí mismo*; José Medina Echavarría (1987) sostendría que sentía la imperiosa necesidad de asumir su responsabilidad intelectual, pues la inteligencia, especialmente la académica, tomaba el aspecto de un brillante prestidigitador de ideas a quien admirar quizás en las horas de ocio, pero del todo inútil en el momento de decisión; y Fernando Savater (2010), por su parte, decía que su yo no bastaba; aunque se retirara a su





torre de marfil y lograra alcanzar cierta perfección personal si no había conseguido levantar la circunstancia que le rodeaba, es decir, su país, su época.

Si bien, los totalitarismos han sido, históricamente, el lugar donde los intelectuales asumen con más fuerza la crítica, en los que han sido unas veces víctimas y otras cómplices, ante la caída de la mayoría de los regímenes totalitarios estos debates han pasado de moda. Al parecer los actuales intelectuales académicos asumen de otra forma esta responsabilidad; consideran que es una obligación por haber sido formados con recursos públicos y, por consiguiente, la advierten como una retribución, una forma de justificar su existencia, de ser críticos.

Yo creo que es mi obligación. Lo mínimo que puedo hacer es decir «bueno, yo justifico mi existencia porque me educaron así con dineros públicos; entonces yo lo retribuyo diciendo 'está mal el uso del poder, tanto del público, como del poder privado; del poder físico, como del poder intelectual. Están mal usados'». Como académico la obligación es ser crítico (Meyer Cossío).

Otra vertiente de asumir esta responsabilidad es intentar que el mundo de las ideas esté al alcance de más lectores, no sólo del público especializado o educado en las instituciones de educación superior; para ello, los medios de comunicación son un espacio favorable para llegar a públicos más amplios al salir del mundo académico, al ampliar el espectro de posibles lectores; aunque, de cualquier manera, no deje de ser elitista. Puede estimarse que este sentido debiera ser asumido permanentemente, ya que la mayoría de los intelectuales académicos se ha beneficiado con educación superior gratuita, con becas nacionales o internacionales, con plazas de tiempo completo, con programas de estímulos económicos y con la credibilidad y confianza que la población les ha otorgado a ellos y a las instituciones de educación superior donde laboran.

Parece ser que algunas veces la responsabilidad intelectual se encuentra extraviada frente a intereses particulares -que les permite obtener a los intelectuales académicos no sólo mejores posiciones académicas sino también políticas- y colectivos -que les posibilita impulsar ideas, construir corrientes de opinión o marcar tendencias- al intentar transitar a otros espacios de acción.

CONCLUSIONES

Las colaboraciones de los intelectuales académicos en los medios de comunicación les han producido sentidos intelectuales que han contribuido a reflexionar más allá de un entorno inmediato para ver sociedades, naciones, continentes o el mundo como un todo. Necesitan reforzar o reconocer su





responsabilidad intelectual, aquella que se genera cuando se está consciente de ser un actor, un sujeto o un gestor privilegiado ante escenarios especialmente complejos y saber que se posee el vehículo adecuado para levantar la voz.

Actualmente existe una tensión entre la producción académica y científica de los intelectuales académicos y la emisión de opiniones personales en los medios de comunicación. En términos generales, los intelectuales académicos conforman una comunidad altamente especializada que posee un capital intelectual privilegiado en la producción, preservación, transferencia y circulación de conocimiento que debiera ser utilizado para hacer de él un bien público; la mayoría de ellos pertenece a las áreas de las ciencias sociales o humanidades y, una minoría, a las ciencias duras o experimentales, con un número de tareas importantes para alcanzar los estándares internacionales de evaluación.

Han utilizado a su favor los beneficios académicos -su adscripción a instituciones de educación superior de prestigio, su formación académica y conocimientos disciplinares y, en algunos casos, el reconocimiento que el Sistema Nacional de Investigadores les confiere- para construir un prestigio académico y extraacadémico y, a partir de ello, constituirse como una fuente de autoridad para opinar en los medios de comunicación.

Así, desde su campo especializado de conocimiento, interpretan y profundizan sobre los acontecimientos nacionales, traducen sus conocimientos en un lenguaje accesible para los medios y el público al que van dirigidos y, de cierta forma, ponen a prueba juicios, propuestas, discursos e ideas en el gran escaparate denominado medios de comunicación, lo que les permite una visibilidad que otros colegas no tienen. Por ello, es necesario que asuman una responsabilidad intelectual ante el acontecer nacional.

FUENTES CONSULTADAS

Bourdieu, Pierre (2009) *Homo Academicus*, México: Siglo XXI

Casillas, Miguel Ángel y De Garay, Andrés (1992) "El contexto de la constitución del cuerpo académico en la educación superior 1960-1990", en Gil Antón, Manuel (Coord.). *Académicos: Un botón de muestra*. México: UAM-Azcapotzalco

Chomsky, Noam (1974) *La responsabilidad de los intelectuales y otros ensayos históricos y políticos: Los nuevos mandarines*, Madrid: Ariel





- Dalton, Roque (1979) "La responsabilidad del intelectual con su pueblo" en *El compromiso del intelectual*, México: Nuestro Tiempo
- Fals, Orlando (1970) *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, México: Nuestro Tiempo
- Giménez, Gilberto (1986) *La teoría y el análisis de la cultura*, México: SEP-Universidad de Guadalajara-COMECSO
- Lida, Clara (1994) *Una inmigración privilegiada. Comerciantes, empresarios, y profesionales españoles en México en los siglos XIX y XX*, México: Alianza América
- Medina Echavarría, José (1987) *Responsabilidad de la inteligencia*, México: FCE
- Mendoza, Javier (2001) *Los conflictos en la UNAM en el siglo XXI*, México: UNAM-Plaza y Valdés
- Ortega y Gasset, José (2005) *La rebelión de las masas*, México: Porrúa
- Palacios, Guillermo (1995) *Los intelectuales posrevolucionarios y la construcción sociocultural del «problema campesino» en los años treinta*, Tomo I, número 36, México: CIDE
- Savater, Fernando (2008) *La aventura de pensar*, México: Debate
- Serrano Migallón, Fernando (2006) *La inteligencia peregrina. Legado de los intelectuales del exilio español en México*, México: Academia Mexicana de la Lengua
- Wright Mills, Charles (1972) "La responsabilidad política de los intelectuales" en *Los intelectuales y el poder* en Careaga, Gabriel (Comp.), México: SEP-Setentas
- Wolton, Dominique (1998) "La comunicación política: construcción de un modelo" en *El nuevo espacio público* en Ferry, Jean-Marc y Wolton, Dominique (Coord.). México: Gedisa
- Zermeño, Guillermo (2010) "La invención del intelectual en México" en Blancarte, Roberto (Coord.). *Los grandes problemas de México. Culturas e identidades*, Tomo XVI, México: El Colegio de México/70 aniversario

ENTREVISTAS

- 1.- Alejandro Canales Sánchez. Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación. UNAM. México, D.F. 31 de mayo de 2011
- 2.- Humberto Muñoz García. Instituto de Investigaciones Sociales. UNAM. México, D.F. 8 de agosto de 2011
- 3.- René Drucker Colín. Instituto de Fisiología Celular. UNAM. México, D.F. 7 de septiembre de 2011
- 4.- José Carreño Carlón. Departamento de Comunicación. Universidad Iberoamericana. México. D.F. 10 de octubre de 2011





5.- Lorenzo Meyer Cosío. Centro de Estudios Internacionales. El Colegio de México. México, D.F. 14 de diciembre de 2011

